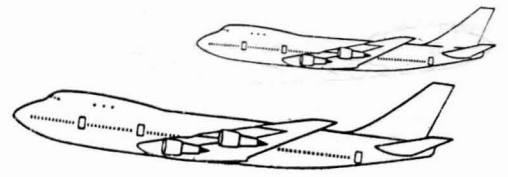


**SERGIO**

**PITOL**

# **EL PRIMER TOMALIN**



¿Como era Paz? ¿Le podría decir alguien cómo era Paz Naranjo? ¿Era posible tratar ahora de detener y apresar sus gestos, cuando la japonesa de Macao avasallaba cualquier otra imagen posible? Paz era esa japonesa y una larga falda de brocado de plata, era un modo de andar entre gasas y dragones y eran huesos a punto de hacer estallar la piel sobre los pómulos. ¿Cómo, cómo carajos era Paz? Cuando se abrió la puerta una mancha de terciopelo verde se replegó sobre la enorme cama color rata. Paz fue una ameba de terciopelo crispada, moribunda, bajo una descarga química. Una gota del Veronés caída en una superficie innoble. Por un instante sólo existió el grito en el corredor y aquella mancha que era como su eco, como su negación también, y que era Paz Naranjo. Fue en el otoño de 1949.

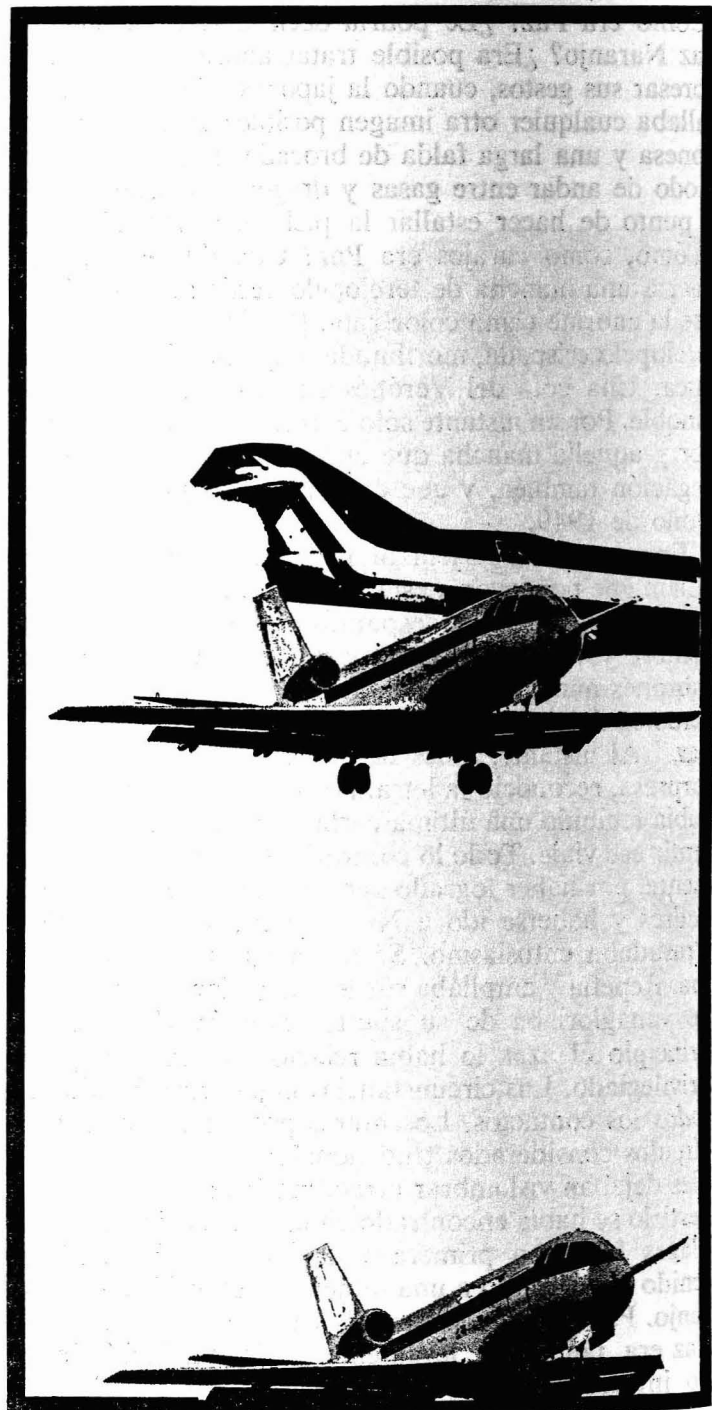
Encontró una tarjeta al llegar a su apartamento: "Llámame por favor a este número. . . Habitación 34. Estamos en un antro espantoso. Tienes que dar mi nombre y el número del cuarto. Insiste, porque esos cabrones nunca quieren subir a avisarnos. No nos moveremos de ahí en toda la tarde. Un abrazo. Carlos y Paz." Al instante, antes de haberla leído, y con gran sorpresa, reconoció la letra. Hacía poco más de un mes había recibido una última carta suya que no hacía presentir ese viaje. Todo lo contrario. Lo felicitaba, fugazmente, por haber logrado vencer las resistencias de sus padres y haberse ido a Nueva York a estudiar cine. Trasudaba entusiasmo. Se había apasionado por Roma. Repetía y ampliaba sus loas anteriores a la ciudad. Se vanagloriaba de su suerte excepcional. Desde el principio el azar lo había relacionado con un grupo privilegiado. Las circunstancias imperantes facilitaban todos los contactos. Los muros protectores de ciertos círculos considerados tradicionalmente como inaccesibles dejaban vislumbrar atractivas fisuras. Casi sin advertirlo se había encontrado en el interior de dos o tres plazas fuertes a primera vista inexpugnables. Había tenido por Virgilio a una mujer de excepción: Paz Naranjo. Paz lo había sumergido en el corazón de Roma. Paz era, por cierto, levemente mexicana. Había logrado integrarlo a otra época, paradójicamente la más

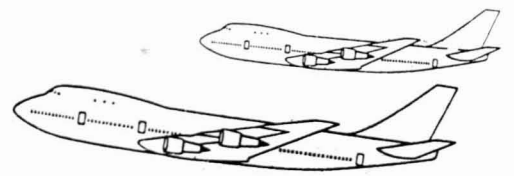
viva, la más contemporánea. Circundada por el panorama conmovedor que ofrecía la ciudad se sentía masticar cultura, transpirar cultura, orinarla, beberla, padecerla. Sus nuevos amigos no acababan de reponerse del sobresalto de la guerra; había significado para ellos la inmersión en un horror de tal magnitud que no se atrevían aún a enfrentarlo. Él, que había estado en 1946 en Londres se indignó ante aquel despliegue de retórica. Pero como si adivinara sus reparos, Carlos añadía que sí, que desde luego lo de Inglaterra era otra cosa, un sano ejercicio de pragmatismo colectivo, una secuencia de hechos que nunca habían perdido su coherencia: Munich, Chamberlain, la guerra, el blitz, la victoria, la posguerra, las tarjetas de racionamiento, donde las relaciones de causa y efecto quedaban siempre tácita pero firmemente establecidas. La problemática en Roma era distinta. No se podía olvidar que el fascismo estaba detrás. Nadie, a ciencia cierta, parecía saber qué era aquello. Todos habían sido resistentes. Quienes no, vivido al margen de marchas y medallas; apenas tenían idea de lo que había ocurrido. Y, en verdad, ¿qué eran? ¿Derrotados? ¿Vencedores? ¿Liberados? "La conciencia", decía, "se presta a todo. Se integra y desintegra con sorprendente facilidad, se retrae o se extiende, se acomoda siempre. Pero, en el fondo, ese vaivén, por fuerza tiene que producir un desgarrón, y en los seres más sensibles, una vislumbre trágica." La vida era regalada; con dólares se podía vivir entonces como un príncipe. Fue, desde luego, su época más snob. La novela avanzaba en cierto sentido, aunque, según decía, había hecho una pausa para cargar energía. Era imposible seguir escribiendo sin conocer antes a los austriacos. Le parecía vergonzoso que fueran tan poco leídos en todas partes. El bajel de Kafka comenzaba a desplegar las velas. Los otros eran ignorados fuera de pequeños círculos de elegidos, no sólo en Roma, también en Londres, en París, en Nueva York. En México, ni se diga. Serían necesarios años, quizás una o dos generaciones para que los nombres de Musil, de Broch, de Canetti, de Roth, comenzaran a sonar, "engolosinada como anda nuestra intelligenza con sus últimos descubrimientos; Mauriac, Maurois,



Maurras, Moréas.” Por primera vez le agradecía a sus padres que lo hubieran hecho estudiar en el hasta entonces destacado colegio alemán. La atmósfera que lo envolvía era la más indicada para penetrar esa literatura. La teatralidad de aquellas cartas de Roma lo irritaba. Cuando lo había tratado en Londres y luego, cuando desde allí se comenzaron a escribir, Carlos era otra cosa. Debía ser la influencia de la gente que lo rodeaba. En Londres Charlie oscilaba entre dos mundos, uno muy opulento de extranjeros sudamericanos, y otro de latinoamericanos jóvenes con su buena dosis de ingleses y continentales: estudiantes, escritores y artistas. Por París había pasado una que otra vez (siempre habían sido estadías muy breves); parecía no haber encontrado allí un medio propicio y haberse reducido al trato de compatriotas poco interesantes. Pero desde su llegada a Roma las cartas no eran sino la ratificación de un énfasis constante. Un toque de trompetas y clarines subrayaba las frases, enfatizaba las pausas. El exceso de calificativos revelaba un deslumbramiento ramplón y hasta cursi. ¡No estaba bien que se dejara impresionar de esa manera! ¡No se educa uno en Londres para sucumbir después a tales fiebres! Se lo escribió. Carlos respondió de inmediato que por fortuna los viajes no le habían hecho perder la inocencia original, la capacidad primigenia para descubrir y gozar la belleza del mundo. “Si Europa —desde luego no Londres— me han enseñado algo, es ver. Y Roma me satisface esa necesidad con creces.” ¡Muy bien!

El recado no indicaba ni el motivo de su presencia en Nueva York ni la duración de su estancia. Llamó por teléfono. Quedó de ir a saludarlo entre las ocho y las nueve de la noche. ¿Le parecía bien? Por supuesto que le gustaría ir en ese mismo momento, pero esa tarde tenía que presentar un examen en el estudio del que dependía su admisión definitiva. Tan pronto como terminara volvería al hotel. Después, ya en la noche, pasada la prueba, que resultó mucho más fácil de lo que había previsto, se lanzó a localizarlos. Buscó la dirección en un plano de la ciudad. No vivían lejos del Village. Durante todo el día no había hecho sino pensar en el encuentro. En el taxi no podía mantener las





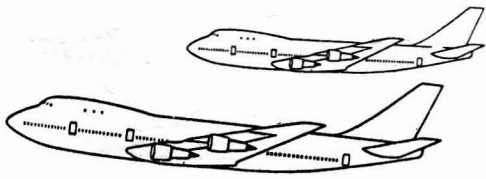
manos quietas. De pronto descubrió que el hotel no quedaba en la parte agradable, ni en la pintoresca, sino que el automóvil se introducía en uno de los rumbos más sórdidos de la zona. ¡Imposible conciliar al Carlos conocido en Londres, menos aún al que disfrutaba de la sibarítica vida romana descrita en sus cartas, y a Paz, su Virgilio en aquellos salones, con semejantes andurriales, a menos que se hospedaran en algún inmueble antiguo construido cuando el barrio no había sido todavía atacado por la lepra que ahora lo carcomía! Quizás el hotel hubiera, contra viento y marea, logrado mantener su prestigio. Nueva York sabía ofrecer esas sorpresas. El coche se detuvo. El hotel resultó estar a la altura del barrio.

Serían más o menos las nueve de la noche. Una angosta escalera lo condujo al primer piso. El recepcionista, un hombrecillo enjuto, con una barba de tres días y una visera de mica verde, le indicó, con voz estrangulada, de asmático, que subiera otros dos pisos. En el recuerdo aquella ascensión tiene la consistencia de un desplome en los infiernos. Muchas veces al recordar ese hotel pienso que fue el primer Tomalín en que iba a encontrar a su cónsul; fue el pregusto de un Tomalín fugazmente visitado. Más tarde todas las ciudades tendrían un Tomalín que lo atraería inexorablemente, un Tomalín que comenzaría a crecer, a abarcarlo, a cercarlo, hasta hacerle saber, al final, cuando todas las puertas hubieran quedado clausuradas, que no había escapatoria posible, que aquel Tomalín final que aparecía en la película era después de todo... ¿Después de todo qué? ¿El mundo? ¿Un infierno elegido? Pero, ¿hasta donde podía hablarse de una libre elección en aquel Tomalín último? Bueno, nada de eso podía saber cuando en Nueva York, en una noche ventosa de otoño subía las escaleras de un destartado edificio cerca de Stuyvesant Park. No, de haberlo siquiera intuido lo hubiera sacado de allí, aunque fuera a golpes. Lo único que entonces cabía era sorprenderse de la luz amarillenta, los escalones de madera reseca, crujiente, agrietada, los girones que rajaban el papel tapiz, las sombras que se deslizaban en los corredores como animales agazapados.

En el piso indicado, el corredor era más amplio que en los otros. Se detuvo un instante para recuperar el aliento. A unos cuantos pasos del cubo de la escalera había un banco de madera. Un grupo de niños morenos, entre los tres y los diez años, puertorriqueños, o tal vez mexicanos, tiraban, en medio de una festiva algarabía, de los pantalones sucios de una anciana ebria que, despatarrada, semiinconsciente, emitía una especie de graznido áspero con los que pretendía alejar la jauría. Agitaba la mano derecha y una pierna con movimientos torpes como si aquellas bestezuelas detestables fueran sólo producto de una visión alcohólica susceptible de desaparecer con un simple ademán. Era un gesto más adecuado para espantar a las moscas que para librarse del acoso infantil al que se veía sometida. Se acercó a la banca e increpó violentamente en español a los chicos, quienes, sorprendidos, corrieron al fondo del corredor. Con un evidente esfuerzo, la mujer trató de enfocar la mirada como si quisiera reconocerlo. Luego, cuando ya estaba por retirarse, ella se le colgó rápidamente de un brazo, le mostró una pierna hinchada y un tobillo deforme vendado con un trapo sucio y exclamó con un grito rasposo y hueco que por lo menos le diera un *dime* para curarse. Unos cuantos pasos más adelante, detenido frente a la puerta 34 volvió a oír el griterío. La jauría embestía una vez más y ahora con mayor furia tratando de apoderarse de la moneda que la mujer guardaba en un puño cerrado. De pronto uno de los mayores la sujetó por la muñeca y comenzó a torcérsele mientras los otros trataban de abrirle el puño. La mujer lanzó un aullido espantoso; un grito igual al chillido de un cerdo en el momento de ser degollado. En ese instante con el grito taladrándole los oídos, se abrió la puerta y vió la mancha verde en la cama.

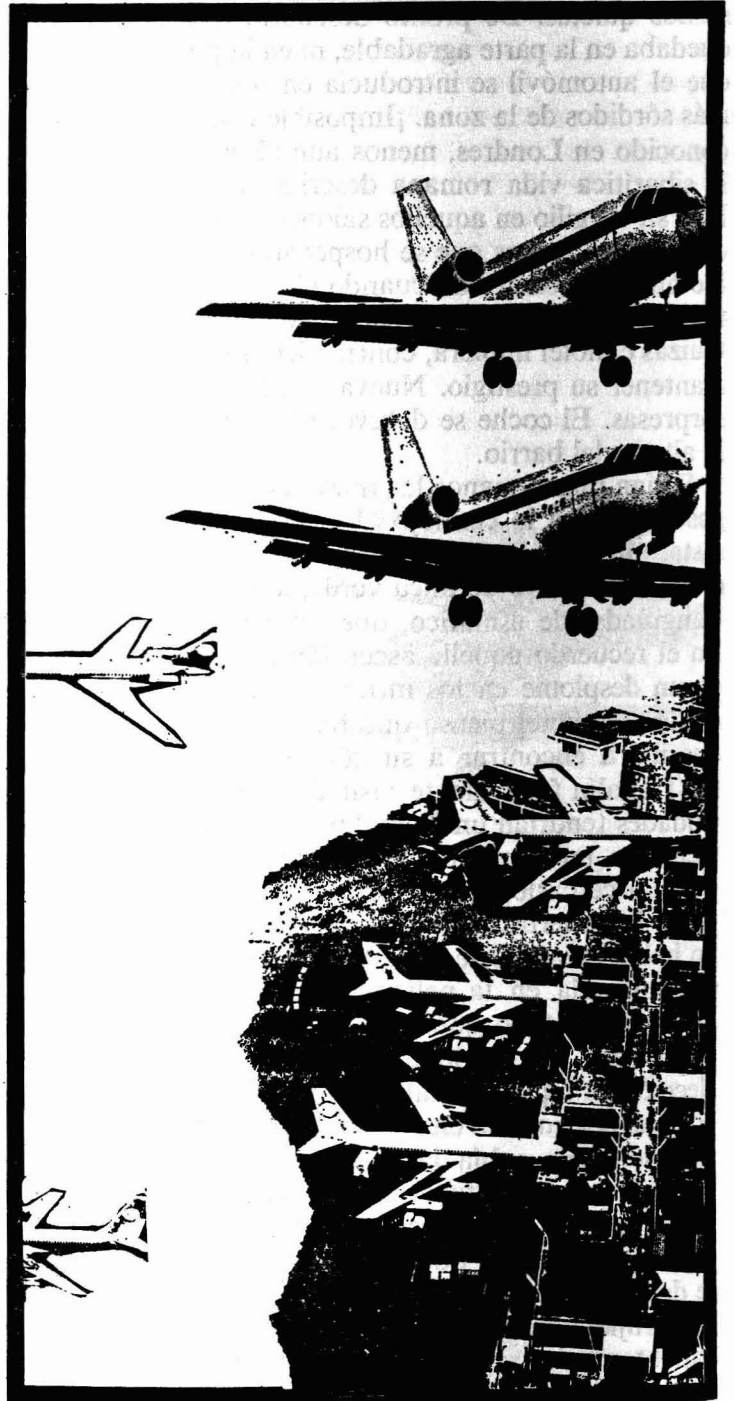
“Los venecianos nos hicieron el regalo del color”, se dijo inconscientemente, recordando su Berenson, mientras contemplaba, con estupor, cómo la mancha verde al contraerse iluminaba con reverberaciones insólitas el sombrío espacio que la enmarcaba. Luego, lentamente, esforzándose por superar el sentimiento de disminución de la realidad que lo abrumaba desde su llegada

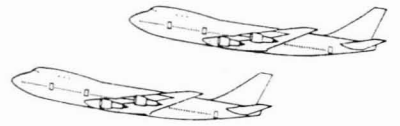
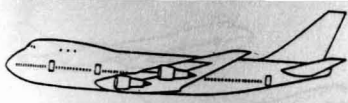




ber vuelto a quemar los zapatos mientras dormía. Ayer fue algo horrible, no se lo podrá nunca figurar... ¡Algo verdaderamente horrible!

Trató de relatar la escena que acababa de presenciar. Carlos apenas lo dejó concluir. Insistía en que debía convencer a Paz para salir esa noche a celebrar el encuentro. Ella hablaba como si lo conociera desde hacía muchos años; pero esa aparente camaradería, lo comprendió al instante, más que intimidación transparentaba un desinterés absoluto, lo que, por supuesto, lo ofendió. La mujer conversaba con él, pero como si no existiera, igual que ante un mueble, o frente al empleado de un hotel, no el botones de uno de categoría cuya presencia exige determinada discreción, sino precisamente un recadero de aquel, espantoso, en el que se alojaban; un ser anodino ante el cual se puede tener la conversación más íntima sin que el hecho tenga significación alguna. Paz se oponía a salir, con la negligencia burlona de quien ha decidido anteponer unas leves defensas, más que nada por el placer de verlas sucumbir, de alentar y disfrutar ese derrumbe (más tarde descubriría que era una de sus armas de mayor eficacia), oponía argumentos graves que no se concedían con el tono lánguido y desdeñoso con que los exponía: se sentía muy enferma, muy fatigada; era casi seguro que la presión le había vuelto a bajar; que fueran ellos a cenar a donde quisieran: ¿Por qué no al teatro que en Nueva York podía ser, como ya lo habían comprobado, excelente? ¿Por qué no intentaban ver de nuevo *Las tres hermanas*? ¿La habían visto? La Cornell era impresionante. ¡A momentos aquello parecía realmente Chéjov! ¡Y Chéjov en grande! A Carlos le gustaría volver a verla. Claro que a esa hora imposible encontrar localidades; además, la función ya habría empezado. Podían, en cambio, ir a una taberna del Village; seguramente preferirían estar solos, tomarse unos whiskeys, hablar largo y tendido después de tanto tiempo de no verse; al fin de cuentas eran un par de muchachos, no había que olvidarlo, tendrían muchas cosas que contarse; una ruina como ella sólo les estorbaría. El frío era glacial. Le daba una pereza atroz vestirse. Ya ese día, Carlos cuatro veces la había,

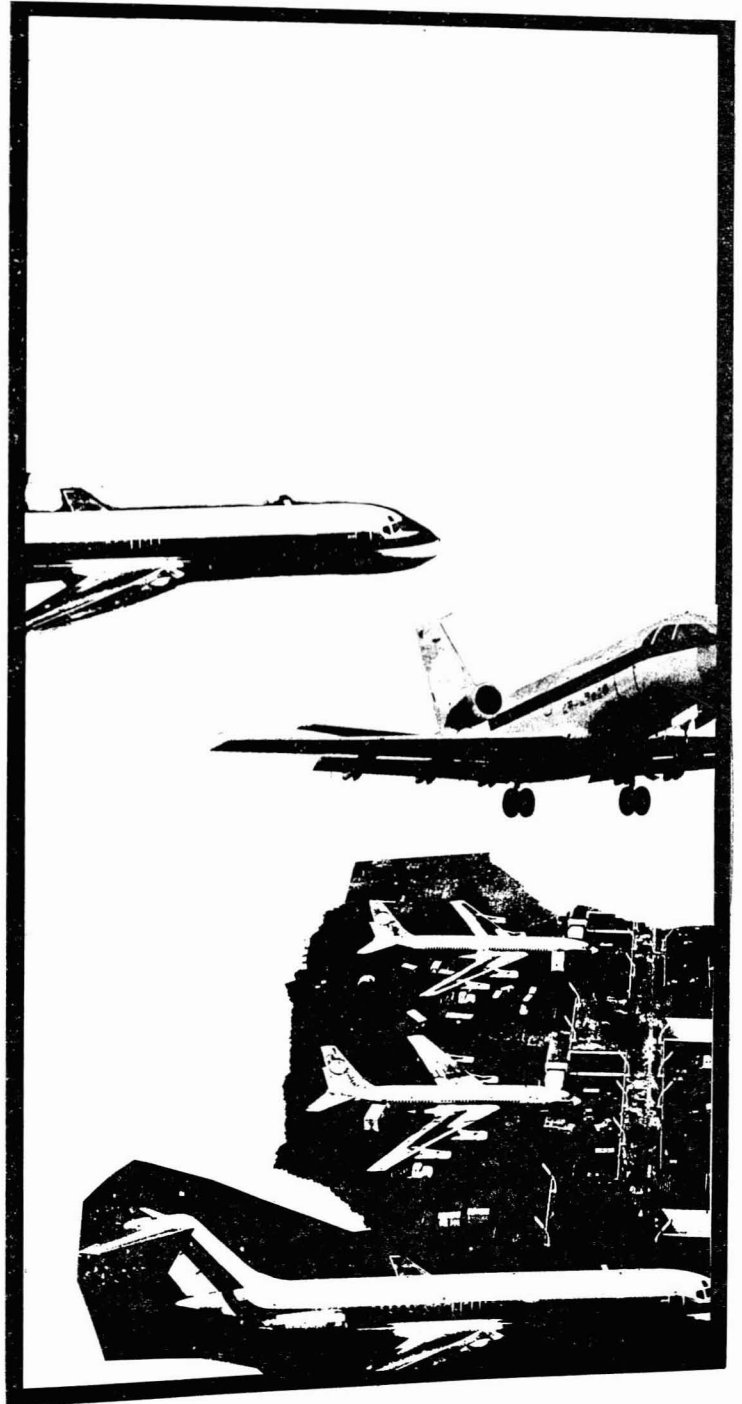


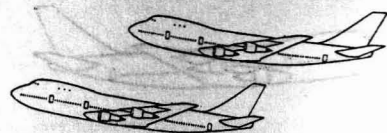
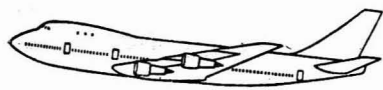


al hotel, acrecido por la escena del corredor, por el aullido, por la inesperada aparición de la mancha de terciopelo, fue registrando todo lo demás: los brazos extendidos de su amigo, el desorden en el cuarto, las maletas apiladas, la bata y las toallas colgadas tras la puerta, los muebles desastrosos. El chillido gutural de la ebria se mezcló con un ruido de pasos en el pasillo, de voces y carreras y golpes y llantos infantiles. Volvió a hacerse el silencio. El terciopelo comenzó a tomar vida, se movió con suavidad, onduló, adquirió de golpe sombras, pliegues, reflejos. La luz que expulsaba una lámpara de mala muerte sacó de él destellos auténticamente venecianos. De abajo de la mancha, de su interior, emergió un rostro afilado, unas manos lívidas. Paz Naranjo se cubría los oídos mientras afuera iba muriendo el estrépito. Carlos saltaba de júbilo; lo abrazó cordialmente inmune al vocerío del corredor; los presentó, señaló que era un acto del todo innecesario pues ambos debían conocerse de memoria. A Paz le había hablado de él hasta hartarla, y Arturo sabía por sus cartas quién era Paz, qué hacía, qué pensaba, qué escribía. Por supuesto no se atrevió a aclarar que sólo en una carta la había mencionado y de manera bastante confusa, una persona levemente mexicana, su Virgilio en algunos círculos romanos; y supuso que igual de imprecisas y furtivas debían ser las referencias a su persona; un compatriota conocido en Londres por azar. Pero, ¿qué interés podía tener su persona fuera del meramente amistoso? ¿Qué podía esperar que alguien, cualquiera, dijera entonces de él? ¿Que era un joven agradable, ingenuo a más no poder, que había convencido por fin a sus padres para que lo dejaran ir a estudiar cine en Nueva York?

La mujer al incorporarse se transformó en su negación. Dejó de ser a pesar del terciopelo verde (y de sus mencionados pliegues, reverberaciones y reflejos), una visión del siglo del color, por no permitírsele ya ni la delgadez extrema, ni el rostro demacrado, ni la aparente carencia de vitalidad.

—Si vuelve a gritar no podré resistirlo, te lo juro. Me tiraré por la ventana. ¿La vio usted? ¿Qué le sucedió ahora? Esos monstruillos miserables le deben ha-





¡se podía acaso imaginar lo que era aquello!, embotellado en el museo de horrores que era el Metro. Lo peor de cualquier salida resultaba siempre el regreso. No tenía idea de lo siniestro que podía ser caminar por la noche en esas calles, ¿había visto la fauna que pululaba por ellas?, la siniestrez se hacía peor a medida que las horas pasaban. ¡Lo desolador que era llegar cuando todo estaba en silencio, empujar la puerta y comenzar a subir unos escalones tan agresivamente chirriantes que a cada paso parecían advertir: éste será el último, my dear, antes de que tu piesecito se detenga en el siguiente, el maderamen, la estructura, las paredes mismas, todo, se derrumbará e irás a parar en medio de polvo y ladrillos sobre las fritangas del griego de allá abajo! Pero mientras decía todo eso, se movía en medio de las maletas que colmaban el poco espacio restante entre la cama, el armario y una especie de tocador escuálido pegado a la pared: sacaba y volvía a poner con precisión en las maletas, vestidos, blusas, chaquetas; observaba las prendas con melancolía sin decidirse por nada; desdoblaba, examinaba, volvía a doblar y a la vez insistía, ya sin la menor convicción, que sería mejor que fueran, caso de no querer o poder prescindir de su alegre compañía, a la esquina a comprar algo de comer y unas botellas de vino para cenar en el cuarto. Podían ir a traer una de esas pizzas repelentes que el hambre les había obligado a devorar hacía unas cuantas noches en aquel antro que tenía el descaro de llamar platos italianos a las atrocidades que su trastienda consumaba, y aunque era una cocina que nunca la había hecho en exceso feliz, como amante de Italia se sentía en la obligación de por lo menos protestar, o bien, si el proyecto de las pizzas tampoco les seducía, lo que podía comprender perfectamente, que pensarán en algo que no la obligara a salir. Pero, por favor, les pedía que se volvieran un instante hacia la puerta, y mientras él permanecía con los ojos clavados en el suelo, con ganas de escapar a la carrera, la oyó decir que Carlos la torturaba. No sabía cómo, si lo conocía bien, podía seguir llamándose su amigo. Era una voz chirriante, fatigada, hipnótica. Mientras la oía hablar y trataba de definir el timbre pensó en manzana

ácidas, pensó en cerezas no del todo maduras, y ante esos parangones frutales estuvo a punto de soltar la carcajada en el momento en que decía que necesitaba que alguien la defendiera de sus atropellos, que ojalá encontrara en él un aliado, que Carlo no le daba tregua: en las dos semanas que llevaban en Nueva York había conocido todas las sensaciones imaginables menos la de tranquilidad. Luego afirmó que detestaba con toda su alma la ciudad, el país entero. Había estado en otra ocasión, muchos años atrás, antes de la guerra, con su primer marido, también de paso rumbo a México, y aunque las condiciones eran muy diferentes, como bien podían suponer, tampoco entonces logró entusiasmarlo. Era increíble; durante años y años había sido partidaria de toda aceleración, de las formas más dinámicas, de la belleza de la máquina, y al llegar a la metrópoli no hacía sino asustarse ante su ritmo. Chéjov decía (¡dale con Chéjov!), y era una frase que ella podía suscribir sin reservas, que en la electricidad y en el vapor había más amor al hombre que en la castidad y el ayuno. Pero los hechos resultaban más fuertes de lo que uno se podía imaginar. Acabaría por clavarse en Siena, en Micenas. ¡Qué horror: su vestido era una pura colección de arrugas! Podían ya volver la cara si querían contemplar a la mujer más desastrosa del mundo.

—¿Adónde vamos? —dijo después.

Les propuso un restaurante japonés. Había estado hacía poco y le había parecido excelente.

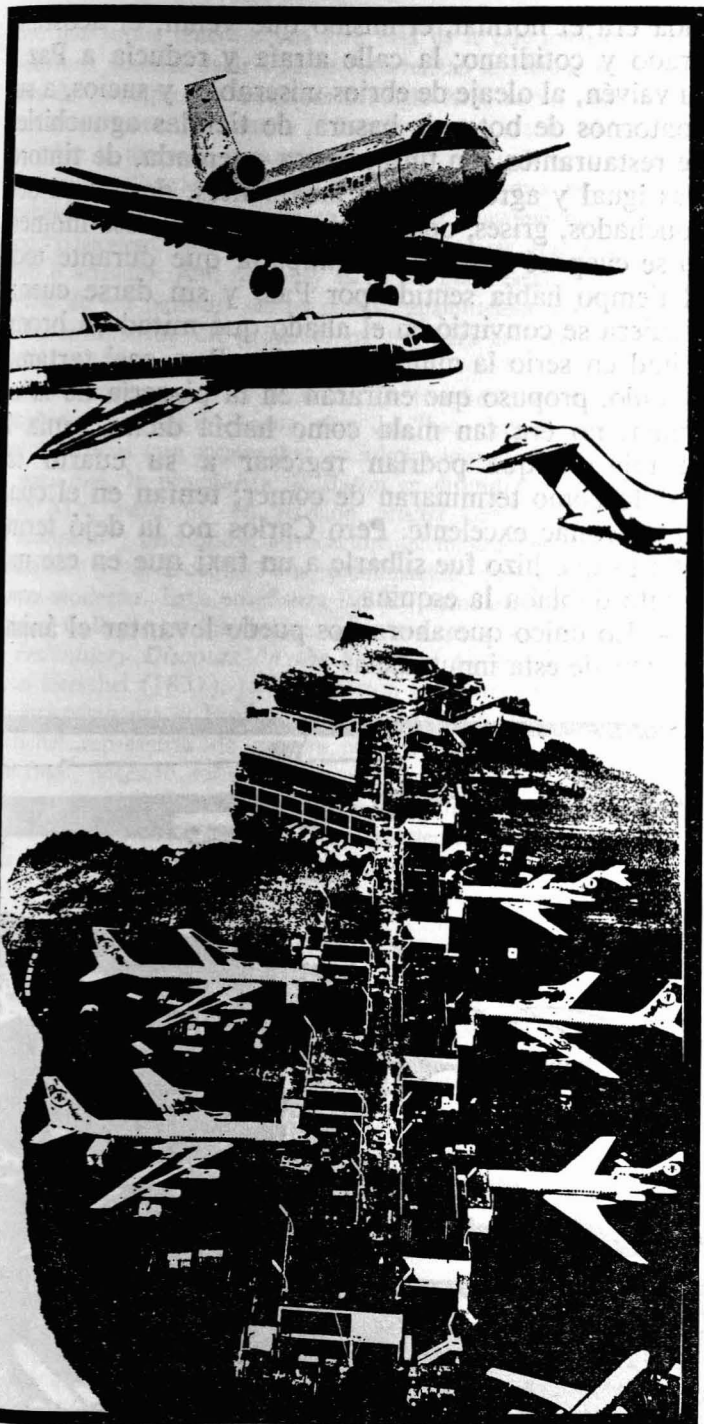
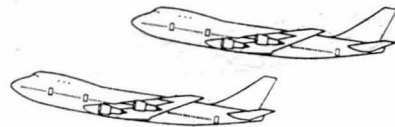
Le resultaba incomprensible estar metido con la pareja en aquel cuarto. Que ellos y aquellas ocho, nueve, diez maletas estuvieran ahí. Que en torno suyo flotara ese perfume opaco. No se atrevía a preguntar a su amigo qué hacían en tal hotel. Había algo patético en el ademán con que Paz se ladeó el sombrero antes de salir, cuando pasaba frente a un espejo sucio colgado al lado de la puerta. Carlos estaba por cerrar cuando pareció recordar algo, entró de nuevo en la habitación, volvió a prender la luz; en dos zancadas llegó hasta una de las maletas y sacó un pañuelo. En ese momento, al comprobar que el equipaje de ambos estaba en el mismo cuarto advirtió que desde su llegada, sin lo-



WALTER

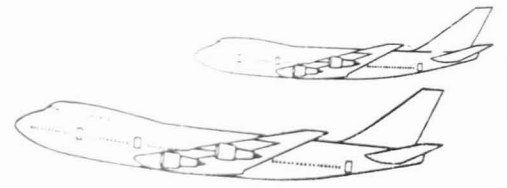
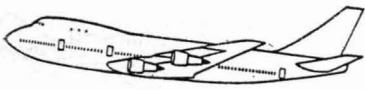
BACOT

HUMID



gar expresarlo, no pensaba en otra cosa, y que el voluble monólogo de Paz no tenía otro propósito que el de hacerle saber lo que la bata roja con lunares azules colgada de la percha clamaba a gritos y que él se había negado a reconocer; que Paz y Charlie compartían aquel inmenso lecho cubierto por una horrible colcha gris. Pero aún en ese momento se negaba a creer, le irritaba pensarlo, que la pareja estuviera ligada por un vínculo carnal (lo sorprendió, y aquello intensificó su malestar, que hasta en el pensamiento se acercara a las relaciones de la pareja con semejante prudencia victoriana, y que mentalmente tuviera que emplear fórmulas verbales, ¡sólo eso le faltaba!, como “vínculos carnales”).

Cuando llegaron a la calle, la energía de Paz ya visiblemente mermada, se derrumbó casi por completo. Por un momento fue sólo un rostro acosado, unos ojos huidizos, un sistema nervioso desgastado, una silueta a punto de hacerse trizas, la misma silueta de la mujer atormentada de Macao. Mientras había permanecido en la cama envuelta en su terciopelo verde, el contraste con el resto de la habitación no había sido tan desmesurado. Poseía aquella túnica un aire de excentricidad que se correspondía muy bien con la idea del tránsito a que aludían las maletas. Cuando aclaró que había terminado de vestirse y se dio vuelta y pudo contemplar a aquella mujer deslumbrante (pero entonces no debió haberle parecido deslumbrante; no, es casi seguro que eso lo descubriera después, en otras ocasiones), abrocharse los grandes botones verdes de una chaqueta verde; y luego, al comentar, mientras se pasaba el lápiz labial, que era una lástima que ninguna Helena Rubinstein diera todavía la señal de usar un lipstick verde, ya que ella habría podido hacer combinaciones geniales con el color de sus ojos, y mientras él contemplaba la cara en el espejo y la espalda erguida, enfundada en la chaqueta esponjosa, de lanas que parecían fibras suaves, entretejidas con otros hilos negros y los puños revestidos de pequeñas piezas metálicas negras, no pudo menos que estremecerse porque la falta de relación con la pobreza del edificio y la fealdad del cuarto era detonante. Pero en la ca-



Ile aquel desequilibrio se volvía agresivo. En el cuarto se le podía encontrar cierto sentido; se podía pensar en esa pocilga como el equivalente de un refugio de guerra, un escondrijo al que se va a parar en momentos de emergencia, de derrota transitoria. Podía ser mucho peor, podía haber habido costales de granos y grietas en los muros y sórdidas ratas glotonas y musgos en el suelo y un montón de paja húmeda que equivaliera a un lecho. El carácter provisorio explicaría el desorden; se estaba ahí únicamente de paso; el refugio terminaría tan pronto como el orden roto fuera restaurado, cuando la vibración descontrolada que por un instante había alterado el equilibrio volviera a encauzarse. Cuando el Francia rescatara a Cordelia y devolviera a Lear su malversado trono. ¿Nunca entonces? No, no, cuando el triunfante Fortinbrás llegara de Polonia a erradicar los pútridos olores. Pero la calle era otra cosa; demostraba, con abierta crueldad, que no había ninguna alteración visible, que el ritmo de la

vida era el normal, el mismo que veían, el acostumbrado y cotidiano; la calle atraía y reducía a Paz a su vaivén, al oleaje de ebrios miserables y sucios, a sus contornos de botes de basura, de tiendas aguachirles, de restaurantes con tufo a grasa quemada, de tintorerías igual y agresivamente malolientes, de muros desconchados, grises, opacos, renegridos. En ese momento se evaporó de golpe la antipatía que durante todo el tiempo había sentido por Paz, y sin darse cuenta siquiera se convirtió en el aliado que mitad en broma mitad en serio la mujer solicitaba. Paz, casi tartamudeando, propuso que entraran en la pizzería de la esquina; no era tan mala como había dicho, tenía la ventaja de que podían regresar a su cuarto tan pronto como terminaran de comer; tenían en el cuarto un coñac excelente. Pero Carlos no la dejó terminar; lo que hizo fue silbarle a un taxi que en ese momento doblaba la esquina.

—Lo único que ahora nos puede levantar el ánimo es salir de esta inmundicia.

